

LAS EXPEDICIONES CARLISTAS

Alfonso BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA¹

RESUMEN

Uno de los aspectos más singulares de la Primera Guerra Carlista es el envío por ejército carlista del Norte de diversas expediciones militares cuyo propósito era establecer la guerra en el interior de España. Estas columnas, que recorrieron todas las regiones de la Península, incorporaron a sus filas miles de voluntarios y ocuparon ciudades de la importancia de Córdoba o Valladolid, pero fueron incapaces de abrir nuevos frentes estables. De los 35.000 hombres que formaron parte de las mismas más de la mitad no regresaron.

PALABRAS CLAVE: España siglo XIX. Carlismo. Primera Guerra Carlista. Expediciones carlistas.

ABSTRACT

One of the most singular aspects of the First Carlist War was the dispatch of various military expeditions by the Northern Carlist Army, which purpose was to stablish the war in different provinces of inner Spain. This columns, which travelled across all the regions of the Peninsula , added to

¹ CEU Universities. Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad CEU San Pablo. abullon@ceu.es

their ranks thousands of volunteers and occupied cities of the importance of Cordoba or Valladolid, but were incapable of opening new stable fronts. Of the 35,000 men which formed part of them, less than the half returned.

KEY WORDS: Spain XIX Century. Carlism. First Carlist War. Carlist Expeditions.

* * * * *

INTRODUCCIÓN

Una de las características más singulares desde el punto de vista militar de la Primera Guerra Carlista es el reiterado envío de tropas desde el territorio controlado por los carlistas en el Norte de España al resto de la Península con el propósito de extender el escenario de la guerra. Estas columnas, que recibieron en su día el nombre de expediciones, tenían su origen en el convencimiento, ampliamente difundido entre las filas legitimistas, y no sólo en ellas, de que Don Carlos contaba con el apoyo de una gran mayoría de los españoles. A este respecto no estará de más recordar el texto de carta que el embajador británico en España, Sir George Villiers, escribió a su hermano el 13 de diciembre de 1835:

«La gran masa del pueblo es honrada; pero es carlista; odia todo lo que suene a gobierno liberal –instituciones liberales, hombres liberales– porque por experiencia sabe que de una situación liberal se derivan costumbres peores que de un solo déspota. Pero en lo que tú y otros extranjeros os equivocáis principalmente es en creer que el pueblo español es víctima de la tiranía o de la esclavitud. No hay en Europa un pueblo tan libre: las instituciones municipales en España son republicanas; en ningún país existe una igualdad comparable a la de aquí. El pueblo se gobierna mediante unas pocas costumbres, le importan muy poco las leyes y los reales decretos y hace lo que le apetece. Todo lo que quiere es que se le robe menos por parte del Intendente y que el Alcalde no le fastidie; si esto lo consigue, se siente completamente dichoso. [...] puedes estar seguro de que no me he quedado corto cuando te hablé de la inexistencia de deseos ni aptitud para instituciones liberales. La masa de la nación es carlista y partidaria de un rey absoluto.»²

² Carta de Villiers a su hermano, de 13 de diciembre de 1835, cit. por RODRIGUEZ ALONSO, «La correspondencia privada de George Villiers referente a España (1833-1839)», en *Revista de historia contemporánea*, n.º 4, 1985, p. 58. Ya antes, el 8 de noviembre de 1834, le había escrito en el mismo sentido: «Cuanto más vivo aquí más me convenzo de que Argüelles y la gente de su clase desconocen el estado real del país; la nación no desea instituciones liberales. Son esenciales para su prosperidad y para la corrección de los abusos, pero deben administrarse en pequeñas dosis y bien disimuladas, como la medicina a los niños pequeños, a medida que crecen.» (*Ibidem*, p. 57).

Y desde luego no serían los carlistas quienes disintieran con el juicio del representante diplomático del país que más apoyaba a Isabel II, embajador que además era partidario de incrementar la participación militar directa a favor de la reina. El problema, para ellos, no era si Don Carlos contaba o no con el apoyo de la mayor parte del pueblo español, sino si era posible que pequeñas columnas militares enviadas al interior de la Península sirvieran para que a su amparo se produjeran sublevaciones masivas que dieran lugar a la aparición de nuevos frentes.

Desde el punto de vista teórico, enviar tropas al interior de la Península, dominado por los liberales, no era un plan en absoluto descabellado, pues como afirmaba Jomini, el teórico militar más considerado en la época, «en igualdad de fuerzas y en presencia de un enemigo inteligente, es en general la diversión una falta peligrosa. Hay un solo caso en que pueda ser buena, y es cuando se pueda tener esperanza en un poderoso punto de apoyo dentro del país, y en el que con un cuerpo de quince a veinte mil hombres, se logre obligar al enemigo a que forme un ejército de cuarenta a cincuenta mil combatientes, para resguardar y defender su punto vulnerable; pero en tal caso depende esta diversión de las combinaciones políticas primero que de las militares». Al hacer esta afirmación Jomini pensaba en lo que hubiera podido significar un desembarco aliado en *La Vendée* durante las guerras de la revolución, pero la similitud con lo intentado en repetidas ocasiones por los carlistas es indudable.³

Había además un muy reciente caso de éxito ocurrido durante la guerra civil portuguesa. El 8 de julio de 1832 Don Pedro desembarcó en Oporto al frente de ocho mil soldados procedentes de Azores y trató de extender la guerra al resto de Portugal, pero sus intentos de salir de la ciudad fueron rechazados por las tropas miguelistas dando comienzo un sitio que los liberales pudieron mantener gracias al aporte constante de soldados y suministros por vía marítima. Sin embargo, al cabo de un año la situación parecía inmantenible, por lo que se decidió adoptar el atrevido plan presentado por el almirante Napier de embarcar 2.500 hombres al mando del duque de Terceira con destino al sur de Portugal, prácticamente desguarnecido. La operación fue un éxito, pues el 24 de junio de 1833 las tropas expedicionarias desembarcaban en Tavira y un mes más tarde, tras derrotar junto a Lisboa a la columna mandada por Telles Jordao, se apoderaban de la capital. Aquella expedición cambió el rumbo de la guerra civil portuguesa, aunque es cierto que sin el triunfo de la flota de mercenarios británicos de Napier sobre la flota de Don Miguel en el cabo San Vicente el día 5 de julio hubiera sido muy difícil que los liberales se hubieran

³ JOMINI, Barón de: *Descripción de las combinaciones más importantes de la guerra, y de su relación con la política de sus Estados, para que sirva de introducción al tratado de las grandes operaciones militares. Puesta libremente en castellano por el brigadier de caballería Francisco Ramonet*. Madrid, imprenta Real, 1833, p. 68.

podido apoderar de Lisboa. Además, otra expedición, esta vez sobre el Norte de Portugal, emprendida por Napier en contra de las órdenes expresas de Don Pedro, tuvo como resultado la conquista de las provincias más ricas del país y aceleró el resultado de la contienda. Muy posiblemente estos precedentes fueran tenidos en cuenta por los jefes carlistas que defendían el sistema de expediciones, pues la guerra civil portuguesa estaba lo suficientemente próxima en el tiempo y en el espacio como para ser conocida por todos.⁴

Dentro del campo de Don Carlos la opinión se encontraba muy dividida entre los militares que eran partidarios de tratar de extender la guerra a otros puntos de la Península mediante el envío de tropas que pudieran alentar la sublevación y posterior consolidación de los carlistas locales, y los que consideraban mejor irse extendiendo en forma de mancha de aceite a partir de las bases que se ocupaban en el Norte. No se trata esta de una división entre generales pertenecientes a las diversas tendencias del carlismo sino de posturas particulares, pues entre los jefes expedicionarios encontramos tanto a miembros del sector moderado del realismo (Gómez, Zaratiegui, Negri) como a algunos de los generales fusilados en Estella (Sanz y Guergué).

Tal vez la oposición más frontal a las expediciones, hasta el punto que es muy probable fuera la auténtica causa de su dimisión, fue la del general Eguía, que terminaba con un alegato en contra de las mismas la *Memoria* que de su mando elevó a Don Carlos. En su opinión, las tropas disponibles eran apenas suficientes para conseguir llenar sus objetivos en las provincias, pues Guipúzcoa requería un ejército para apoderarse de San Sebastián, Vizcaya otro para Bilbao, Álava uno para Vitoria, y Navarra las fuerzas necesarias para controlar La Ribera y los valles fronterizos. Además, las tropas enviadas fuera del territorio controlado por los legitimistas, «aisladas sin puntos de apoyo, que se ligen con seguras comunicaciones, y sin los establecimientos necesarios al ejército, por si mismas se destruyen... Podré equivocarme, Señor: otras expediciones sembrarán la guerra, la harán interminable si se quiere; pero el finalizarla está reservado al ejército del inmediato mando de V.M. regularizándole progresivamente».⁵

⁴ A pesar del tiempo transcurrido desde su publicación creemos que la mejor historia militar del conflicto sigue siendo la de SORIANO, José Simao da Luz: *Historia da guerra civil e do estabelecimento do governo parlamentar em Portugal compreendendo a história diplomática, militar e política d' este reino desde 1777 até 1834*. Lisboa, Imprensa Nacional, 1866-1890, 19 vols., que es el equivalente al Pirala de la historiografía portuguesa. Una primera aproximación en castellano puede verse en BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso: «Aspectos militares de la Guerra Civil Portuguesa», en *Estados e Sociedades Ibéricas-Realizações e Conflitos (Sécs. XVIII-XX)*, Cámara Municipal de Cascais, 1997.

⁵ *Resumen histórico de la campaña sostenida en el territorio Vasco-Navarro a nombres de Don Carlos de Borbón de 1833 a 1839, e Impugnación del libro que sale a la luz con el título de «Vindicación del General Maroto»*. Madrid, imprenta de José C. de la Peña, 1846, tomo I, pp. 569-571.

Esta era también la postura del auditor Arizaga, para el que los batallones consumidos en estas empresas podían haberse utilizado para dominar toda Navarra, «las merindades de Castilla, y a poco esfuerzo la misma provincia de Santander, granero del Norte de España, y que era la primera conquista y adquisición a que debieron aplicarse los generales y el gobierno de D. Carlos». ⁶ Y del general Mazarrasa, que el 7 de diciembre de 1837 elevó una exposición a Don Carlos en que tras la experiencia de las expediciones anteriores acusaba de «muy ignorantes cuando no sean traidores a la causa de Dios, de V.M. y de la Nación española en general, a cuantos promuevan en el día la salida de nuevas expediciones, cualquiera que sea su fuerza y objeto que se proponga». ⁷ La misma opinión fue manifestada por la Junta de Santander, que hizo presente cuanto útil sería tratar de extender el dominio de las armas realistas en su provincia. ⁸

Lassala cree sin embargo que las líneas de Córdoba obligaron en buena medida a seguir esta práctica para tratar de extender la guerra, aunque opina que los carlistas cometieron el error «de no dedicar siempre sus esfuerzos a aumentar sus tropas en Aragón, punto central y estratégico para ellos, a fin de que desde el Maestrazgo hubiesen salido líneas que sucesivamente hubieran asegurado grandes zonas, aprovechando las cordilleras que de toda España sobre el Aragón se reúnen, y en las que apoyados hubieran extendido sus operaciones» ⁹ En última instancia, era el convencimiento del apoyo con que podía contar la causa de Don Carlos en prácticamente todas las provincias de España lo que inspiraba una política que puso en graves cuidados a las autoridades liberales, pues como señalaba el traductor español de Jomini, «las tropas de la Reina no solo debían destruir los focos enemigos, sino también impedir las operaciones carlistas dirigidas al interior del reino y de graves consecuencias, aún más en el orden político que en el militar». ¹⁰

⁶ ARIZAGA, José Manuel de: *Memoria militar y política sobre la guerra de Navarra, los fusilamientos de Estella, y los principales acontecimientos que determinaron el fin de la causa de D Carlos Isidro de Borbón*. Madrid, Imprenta de Vicente de Lalama, 1840, pp. 120-121. En el mismo sentido expresa su opinión personal el autor del *Resumen histórico*, tomo II, pp. 120 y ss.

⁷ SOJO Y LOMBA, Fermín: *El Mariscal Mazarrasa*, Institución Cultural de Cantabria, Santander, 1973, p. 376. El día 15 recibió una carta de Arias indicando que su majestad deseaba explicase con mayor amplitud su punto de vista sobre las expediciones, lo que dió lugar a una extensa contestación donde se declaraba partidario de formar un cuerpo de operaciones que dedicado a la ofensiva ampliara el espacio controlado en el Norte por las fuerzas de Don Carlos: «Si no conquistamos este año más que seis leguas habremos adelantado más en él que en los cuatro que nos han precedido.»

⁸ SOJO Y LOMBA: *op.cit.*, p. 382.

⁹ LASSALA: «Observaciones sobre la guerra civil», en *Revista Militar*, 1851, p. 133.

¹⁰ JOMINI, Barón de: *Compendio del arte de la Guerra, o cuadro analítico de las principales combinaciones de la estrategia, de la táctica sublime, y de la política militar*. Madrid, en la imprenta de Miguel de Burgos, tomo I, pág. 254.

El general Evaristo San Miguel, que a su condición de militar unió siempre una marcada preocupación por los temas históricos y políticos, afirmaba en una obra escrita durante la guerra: «Los enemigos de Isabel II encontrarán siempre simpatías que favorezcan sus operaciones, que ofrezcan sigilo a sus frecuentes movimientos, e inutilicen las pesquisas de sus enemigos. Las columnas de persecución no purgaran el país de aquesta plaga. Por muchos encuentros favorables que tengan con los enemigos, por mucho que los destruyan y dispersen, por mucho que tengan que celebrar la bazarria y ardimiento de los que militan a sus órdenes, quedará en pie la cuestión por largo tiempo. La facción vencida hoy en este punto aparecerá mañana en otro más distante; la persecución tomará otro rumbo, más quedará siempre en permanencia. Donde no exista realmente una facción armada, habría siempre elementos de formarla en breve; y por muy pacífico que se presente el semblante del país, ningún alto funcionario puede estar seguro de que no estalle una sublevación donde y cuando menos lo imagine».¹¹

Y si esta era la opinión de un general de la Reina, fácil es comprender la postura de quienes, como el general carlista Villarreal, alentaron durante su mando la salida de columnas expedicionarias, que aparte de otras posibles ventajas suponían de inmediato la disminución del peso al que se hallaba sometido el país, y la desaparición de la zona de la parte del ejército liberal de operaciones que fuera destacada en su persecución.

Aunque no faltaron pequeños intentos desde el inicio mismo de la guerra, el sistema de expediciones no se puso en marcha de forma generalizada hasta después de la muerte de Zumalacárregui (junio de 1835) y de hecho es lo que caracteriza el periodo de la guerra que transcurre desde la misma hasta que el peso del conflicto se desplaza al levante peninsular.¹²

EXPEDICIONES MÁS RELEVANTES

Si bien con anterioridad hubo algunas pequeñas expediciones, como las protagonizadas por Cuevillas y Manuel Sanz en 1834, y por José María Arroyo en enero de 1835, las expediciones más significativas son las que tuvieron lugar tras la muerte de Zumalacárregui. De ellas tan solo vamos hacer referencia a las más relevantes, aunque no hay que olvidar otras de menor envergadura como la de Batanero en 1836, y las protagonizadas por Balmaseda sobre Castilla en los momentos finales de la guerra.

¹¹ SAN MIGUEL, Evaristo: *De la guerra civil de España*, Madrid, en la Imprenta de Miguel de Burgos, 1836, pág. 85.

¹² Mi periodización de las guerras carlistas y su fundamentación pueden verse en BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, Alfonso: *La Primera Guerra Carlista*. Madrid, Actas, 1992, pp. 231-399.

Expedición de Guergué

Fue organizada durante el breve mando de González Moreno y fue debida a la presión de Don Carlos, pues Moreno creía que era mejor mantenerse en las provincias mientras no se tuviese un aumento de caballería y artillería suficiente para marchar sobre el centro de España.¹³ Moreno convenció al Pretendiente de que la expedición se dirigiera hacia Cataluña, pues consideraba más fácil mantener las comunicaciones con las tropas que se enviaran al Principado que con las que pudieran enviarse a Asturias y Galicia. Se respondía también así a la petición formulada el 31 de enero por uno de los principales jefes carlistas de Cataluña, el brigadier Samsó, de que se enviara una expedición que pudiera establecer allí la guerra.¹⁴

Puesta a las órdenes del general Guergué, esta columna contaba con 2.564 infante y 126 jinetes, y entre sus efectivos se encontraban el batallón de guías de Navarra y el 1º de Castilla, que tenían fama de ser los mejores del ejército. La expedición emprendió la marcha el 8 de agosto, entró el 16 en Huesca y el 18 en Barbastro, donde se formó un batallón con los mozos presentados en ambas ciudades. La entrada en Cataluña se hizo con los mejores auspicios, pues primero se le unieron 500 hombres al mando de Borges y el 25 hacía lo propio el coronel Orteu con 3.500 «a que ascendía el número de los que se pronunciaron tres días antes.»¹⁵ Al día siguiente se le incorporaron dos tenientes del regimiento de Zamora con sus 33 hombres y varios paisanos que les habían ayudado a desarmar a los milicianos de Orgañá. Fueron muchos los pequeños enfrentamientos que con resultados varios tuvieron las fuerzas expedicionarias en estos días, y entre ellos creo que merece la pena hacer hincapié en el ocurrido el 28 de septiembre en Sant Jaume de Llierca, donde sorprendió a dos compañías del regimiento de América que, según Pirala, «se batieron todo aquel día y la noche.» A la mañana siguiente acordaron capitular entregando sus armas y equipo, quedando los sitiados en libertad de ingresar en las filas carlistas o ser escoltados hasta la guarnición isabelina más cercana. Lo curioso es que de aquellas compañías que se habían batido con valor contra los carlistas tan solo 2 oficiales y 23 soldados, a los que se acompañó hasta Figueras, optaron por seguir en las filas de la reina,

¹³ PIRALA, Antonio: *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista corregida y aumentada con la historia de la Regencia de Espartero*. Madrid, Felipe González Rojas, tomo II, pp. 427-428.

¹⁴ Biblioteca de la Real Academia de la Historia (BRAH), Carlistas, leg. 9/6.709.

¹⁵ PIRALA, *Historia de la guerra civil*, tomo I, p. 739.

mientras que los restantes 3 oficiales y 131 soldados se pasaron a los que acababan de combatir. Dicho de otra forma, más de 84% de los sitiados se pasó a sus sitiadores.¹⁶

El momento no podía ser más apropiado para los legitimistas, pues la matanza de frailes del mes de julio en Cataluña había provocado un gran descontento entre sus habitantes, lo que incremento muy notablemente las fuerzas carlistas, que según la reorganización dada por Guergué en 5 de noviembre de 1835 ascendían a un total de 22.363 infantes y 395 jinetes, efectivos que nunca volvieron a ser alcanzados por el ejército carlista de Cataluña, y no demasiado distantes de los que les podían oponer los isabelinos, que en esos momentos pudieron contar con el refuerzo de la legión francesa y de una columna del ejército del Norte al mando del general Gurrea.¹⁷ Para ponerse al frente de las fuerzas carlistas del Principado Don Carlos había designado al conde de España, antiguo capitán general de Cataluña, y posiblemente la única persona con el suficiente prestigio y carácter para lograr imponerse su autoridad a los jefes carlistas de Cataluña, que actuaban entre sí con casi total independencia. Pero el conde de España fue detenido por los franceses en la frontera, lo que sin duda fue una de las mayores contribuciones que hicieron los franceses a la causa de Isabel II. Si a mediados de 1835 el conde de España hubiera logrado reorganizar a los carlistas catalanes como hizo en 1838 la guerra habría sido mucho más complicada para los cristinos.

Ante el descontento de las tropas navarras que le acompañaban, y que llevaban ya más de tres meses fuera de sus hogares, Guergué no tuvo más remedio que emprender el regreso el 22 de noviembre, tras lograr a duras penas impedir un motín de sus tropas. El 25 tuvo un encuentro con la legión francesa en Angües que sin embargo no le impidió continuar su marcha.

A pesar de que en su trayecto hubo tanto victorias como reveses lo cierto es que el balance de esta primera expedición puede considerarse positivo, pues a su amparo se produjo un gran alzamiento carlista en Cataluña, que no fue a mayores por la prisión del conde de España en la frontera y por la insubordinación de las tropas que deseaban volver a sus hogares.

¹⁶ PIRALA, *Ibidem*, p. 751. Como caso curioso también cabe recoger que cuando a su regreso Guergué volvió a entrar en Barbastro se incorporaron a sus filas ocho soldados del batallón de guías de Navarra que habían sido hechos prisionero en el Cinca y se habían pasado a los isabelinos.

¹⁷ PIRALA, *Ibidem*, pp. 753-754. De la cifra anterior habría que restar los 2.654 infantes y 136 jinetes de que en ese momento constaba la expedición para obtener la cifra de los carlistas catalanes, que era por tanto de 19.709 infantes y 259 jinetes. De todas formas los efectivos de este cuadro son de carácter muy general, muy distintos de los detallados estados de fuerzas que solían hacerse, y es posible que haya de considerarse tan solo como una aproximación a la realidad.

Expedición de Gómez

Junto a la expedición Real es la más famosa de las expediciones carlistas, pues no en vano recorrió la Península durante cerca de seis meses, llegando hasta Gibraltar. Su nombre oficial era Ejército Real de la Derecha, pues su objetivo era establecer la guerra en Asturias y Galicia. Se componía de cuatro batallones y dos escuadrones castellanos, así como un pelotón de granaderos, la mayor parte de los cuales procedía de la Guardia Real, con un total de 2.700 infantes y 180 jinetes, con un par de pequeñas piezas de artillería. Se trataba de las tropas más instruidas del ejército (los batallones castellanos estaban en su casi totalidad compuestos por desertores de las fuerzas cristinas) y también aquellas que era más difícil que trataran de desertar para volver al Norte, pues sus hogares se encontraban fuera de la zona controlada por los carlistas.¹⁸ La expedición comenzó con los mejores auspicios, pues el 27 de junio derrotó en Baranda al general Tello, que trató de impedirle la salida, haciendo cerca de setecientos prisioneros. El 5 de julio penetró en Oviedo, donde se le unieron 320 voluntarios con los que se empezó a formar el batallón 1º de Asturias, y el día 8 derrotó a su guarnición en las inmediaciones de la ciudad, haciendo más de quinientos prisioneros. Cuatrocientos de los prisioneros hechos en Baranda, y algunos de los derrotados cerca de Oviedo, pidieron aquí unirse a la expedición, repartiéndose sus fuerzas entre los diversos batallones en base a sus efectivos.¹⁹ Sin embargo Gómez no tardó en abandonar la ciudad ante la aproximación de la 3ª división del ejército del Norte, que le perseguía al mando del general Espartero con fuerzas muy superiores.

El 18 de julio la expedición hizo su entrada en Santiago, que hubo de abandonar en la madrugada del día 20 en medio del mayor silencio para evitar ser copado por las diversas columnas cristinas que con un total de cerca de quince mil hombres se dirigían contra él. El silencio en que se efectuó la salida hizo que quedaran en sus casas muchos de los voluntarios que se habían presentado e incluso algunos soldados de la expedición que al día siguiente fueron hechos prisioneros en sus alojamientos. Gómez hubiera querido dejar en Galicia a su segundo, el marqués de Bóveda de Limia, de gran arraigo en el país, pero este pidió para quedarse un batallón de infantería y 40 jinetes, a lo que Gómez se negó, por lo que aunque equipó y reorganizó a las partidas gallegas, que se aumentaron con los voluntarios que no podían seguir la marcha de la expedición, no se consiguió una unidad de

¹⁸ Para una descripción más detallada de las unidades que la componían y su mando puede verse BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso: *La expedición del General Gómez*. Madrid, Editora Nacional, pp. 23-26.

¹⁹ BULLÓN DE MENDOZA: *Ibidem*, p. 40.



«General Gómez», libro de *Magues: Don Carlos et ses défenseurs*

mando que hubiera resultado muy beneficiosa.²⁰ Ante la imposibilidad de mantenerse en Galicia, Gómez se dirigió a León, dejando en Villablino para hacer la guerra en su tierra al batallón 1º de Asturias, que a las pocas horas de separarse de la expedición fue sorprendido y dispersado.

El 1 de agosto la expedición hizo su entrada en León, donde se les unieron ciento sesenta voluntarios, incluyendo el cuadro del regimiento provincial. Desde allí trató de regresar a Asturias, y se dirigió hacia el puerto de Tarna con el propósito de derrotar a Espartero al amparo de sus formidables posiciones. No lo consiguió, y el 18 de agosto se celebró una junta de oficiales en Prádanos de Ojeda en que vista la imposibilidad de establecer la guerra en Asturias y Galicia se decidió adentrarse en el interior de España, aprovechando la coyuntura creada por la revuelta de los sargentos de la Granja, que habían obligado a María Cristina a jurar la constitución de 1812. El 20 entró en Palencia, y desde allí continuó su marcha por Castilla, derrotando el 30 de agosto en Matillas a una columna de la Guardia Real encabezada por el brigadier Narciso López, que cayó en su poder con más de mil quinientos hombres. La necesidad de deshacerse de los prisioneros hizo que Gómez optara por dirigirse hacia el Maestrazgo con el propósito de depositarlos en el territorio controlado por Cabrera, con quien se entrevistó en Utiel el 11 de septiembre. Aunque a Cabrera le hubiera gustado contar con las tropas de Gómez para operar en Valencia y Murcia acabó aceptando el parecer de éste de marchar sobre Madrid, uniéndose a la expedición con unos 2.500 infantes y 550 jinetes.

El 15 de septiembre la expedición emprendió la marcha sobre Albacete, donde hizo su entrada al día siguiente. En las cercanías de Casas Ibáñez los carlistas encontraron los cadáveres quemados y semienterrados de varios voluntarios que llevaban en sus botones el lema de Carlos V, y al llegar a la población supieron que eran dispersos de la expedición de Batanero, asesinados por los urbanos junto con varios presos locales cuando recibieron la orden de trasladarlos. Pese a que se tomaron cuantas medidas se pudo para evitarlo algunos soldados incendiaron el pueblo, y según Madoz más de ochenta casas fueron consumidas por las llamas.²¹ El 20 la expedición fue sorprendida en Villarrobledo por las tropas de Alaix, perdiendo 1.274 prisioneros y anunciando la prensa isabelina la completa dispersión de los vencidos, que para sorpresa de todos entraron al asalto en Córdoba en 30 de septiembre haciendo prisioneros a sus cerca de tres mil defensores, en su mayor parte miembros de la Milicia Nacional de la provincia que se habían concentrado para defenderla,

²⁰ BULLÓN DE MENDOZA: *Ibidem*, pp. 59-61.

²¹ MADOZ, Pascual: *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar*. Madrid, La Ilustración, 1847, tomo VI, p. 52, habla de los efectos del incendio pero omite las causas.

lo que dio ocasión a que poblaciones como Baena, Cabra, Lucena, Montilla y Castro del Río se sublevaran a favor de Don Carlos. Tras iniciar la organización de un par de batallones cordobeses y dejar al marqués de Bóveda a cargo de la ciudad, Gómez se trasladó a Baena para protegerla de una columna que avanzaba desde Málaga, a la que derrotó el día 5. Poco después tuvo noticia de que Alaix había entrado en Alcalá la Real, por lo que se dirigió a Priego con la intención de presentar combate. Las tropas permanecieron frente a frente durante tres días, sin que ninguno de los bandos se decidiera a iniciar la batalla. Sin duda esta fue la mejor ocasión que tuvo la expedición de establecer la guerra en un nuevo punto de la Península, pues en aquellos momentos el ministro de la Guerra, que había abandonado Madrid para perseguirle, se encontraba a más de doscientos kilómetros, y las fuerzas que había en la región estaban compuestas en su mayor parte por nacionales movilizados, cuya moral estaba por los suelos. Aunque sus efectivos eran superiores Gómez no se decidió a empezar la batalla debido al menor grado de instrucción de sus tropas, entre la que había numerosos voluntarios que acababan de incorporarse, y emprendió el regreso a Córdoba, ciudad que abandonó el 14 de octubre, fuera por la gran cantidad de tropas que marchaban contra él, fuera porque había recibido noticias de que una nueva división carlista se había internado en el territorio isabelino y se propuso tratar de ayudarla.

El 23 atacó las minas de Almadén, defendidas por cerca de dos mil hombres al mando del brigadier Puente y Aranguren, que había sido ministro de la Guerra al final del Trienio, y que tomó tras un duro combate en cuyo transcurso se pasó a sus filas el capitán Salvador Criado con su compañía del provincial de Córdoba. La pérdida de Almadén costó el puesto al general Rodil, cuya ineficacia a la hora de perseguir a Gómez había quedado repetidas veces en evidencia. El 27 los expedicionarios entraron en Guadalupe, donde dispersaron sin necesidad de combatir a los milicianos movilizados de Extremadura y el 30 entraron en Trujillo, donde se les unieron soldados y oficiales del cuadro del regimiento provincial. Al día siguiente se efectuó la entrada en Cáceres, lugar donde Cabera abandonó la expedición al frente de un pequeño contingente de caballería con el que se dirigió a marchas forzadas hacia el Maestrazgo al haber tenido noticia de que Cantavieja se hallaba sitiada por el general Evaristo San Miguel. El 2 de octubre Gómez escribió a Don Carlos comunicándole su decisión de tratar de establecer la guerra en Andalucía y haciéndole ver que dado el gran número de fuerzas que le perseguía podía ser un buen momento para que se enviase otra expedición sobre Madrid.²²

²² Esta posibilidad fue abordada en un consejo de oficiales generales celebrado en Durango a mediados de octubre, y aunque este era el parecer de Don Carlos se consideró más oportuno operar sobre Bilbao.

De nuevo en Andalucía Gómez trató de establecerse en la serranía de Ronda, pero pronto vio que era imposible, y decidió iniciar el regreso al Norte, para lo que marchó sobre Algeciras con el fin de despistar a sus enemigos. El brigadier Ordoñez, a cargo del campo de Gibraltar, optó por refugiarse al amparo de las tropas inglesas de Gibraltar, cuyo gobernador tomó las disposiciones oportunas para la defensa. Fácil es comprender el orgullo de los expedicionarios:

Era un día de los más claros y hermosos que se ven en aquel país; nuestro espíritu rebosaba en júbilo y entusiasmo por vernos en la parte más meridional de la península y al frente de una nación extranjera ondeando las armas y pabellón del mejor de los monarcas, todo debido a la omnipotencia de Dios y al valor de nuestros soldados. Confúndanse el charlatanismo y pedantería de los publicistas revolucionarios que mil y mil veces han decantado la impotencia de las armas de Carlos V, sepan que ya no les es lícito ni jamás les ha sido sino faltando solemnemente a la verdad decir que el valiente ejército que defiende la legitimidad no puede hacer la guerra en otro país que las provincias, cúbranse de ignominia al ver que no sólo en ellas lo ha hecho con ventaja, sino en la España entera de un polo a otro polo. La nación británica ha sido testigo de esta verdad. Dígalo si no la baja que padecieron los fondos cristinos en esta nación a consecuencia de nuestra visita ante la plaza de Gibraltar, desmintiendo cuantos enredos y patrañas habían publicado los periódicos de la revolución.

[...] en la tarde del 22 muchos ingleses y algunas señoritas fueron a visitar a nuestras tropas que daban el servicio de la línea y estuvieron mucho tiempo de conversación y preguntando por todo lo que les causaba novedad, quedando admirados de nuestro arrojo y valentía. ¡Que perspectiva! Los que tantas veces habían decantado la impotencia de nuestras armas reducidos a acogerse a la sombra de un pabellón extranjero, mientras una pequeña parte del ejército de Carlos V era la admiración de estos extranjeros mismos.²³

Acosado por más de 25.000 hombres, Gómez optó por abrirse paso a través de las tropas de Narváez, como consiguió el 25 de noviembre en Majaceite. Una inopinada sorpresa de la columna de Alaix sobre la expedición, que pudo haber tenido mayores consecuencias si no hubiera sido por sus disensiones con Narváez, no ocasionó grandes pérdidas materiales, pero dejó en evidencia la necesidad de retirarse al Norte, adonde pudo llegar sin mayores problemas el 19 de diciembre, tras haber permanecido en el interior de la

²³ DELGADO, José María: *Relato oficial de la meritísima expedición carlista dirigida por el General andaluz, Don Miguel Gómez*. San Sebastián, Gráfico-editora, 1943, pp. 103-104.

Península durante cerca de seis meses y haber recorrido más de 800 leguas. Cuando salió de las Provincias la expedición contaba con 2.700 infantes, y cuando regresó con 1.953, si bien había habido un importante aumento de la caballería, que pasó de 180 a 450 caballos. Es difícil saber cuántos de esos 1.953 soldados eran de los que habían salido de las provincias, y cuantos de los 3.511 que se habían adherido a la misma a lo largo de su deambular por España. Además de la expedición propiamente dicha con Gómez regresaron los restos las tropas que se le habían unido en El Maestrazgo, que hacían un total de 1.200 hombres y 340 caballos.²⁴

Primera expedición de Don Basilio

El 11 de julio de 1836, unos quince días después de la salida de la expedición de Gómez, da comienzo la del brigadier Basilio Antonio García, cuyo objetivo no era otro que ocupar en su persecución el mayor número posible de tropas enemigas, a fin de que Gómez pudiera operar con mayor libertad. Tan solo un par de batallones y un escuadrón componían esta nueva columna, que el 16 de julio hace su entrada en Soria, «aumentándose su fuerza con unos ochocientos mozos, tres oficiales, gran número de nacionales de ambas armas, dos eclesiásticos y un cirujano».²⁵ De allí pasó a la provincia de Segovia, ocupando Riaza y acercándose a la Granja, donde se encontraba en aquellos momentos la corte de María Cristina.²⁶ El 26 de julio batía en Arauzo de Miel a una de las columnas que marchaban en su persecución, la del coronel Azpiroz, tras lo cual pidió, como hicieron prácticamente todas las expediciones, que se aplicara el convenio Elliot a fin de poder establecer un depósito de prisioneros. Después de deambular varios días por esta zona, y hacer una breve incursión hacia Aragón, sorprende en

²⁴ BULLÓN DE MENDOZA: *La expedición del General Gómez*, p. 218.

²⁵ PIRALA: *op. cit.*, tomo II, pág. 306. ROMERO, Carmelo; G. ENCABO, Carmelo y CABALLERO, Margarita: *La provincia de Soria entre la reacción y la revolución, 1833-1843*, p. 76 recogen que según el *Boletín Oficial de la Provincia de Soria*, la cifra se reduce a sesenta y cinco.

²⁶ BERMEJO, Ildefonso Antonio: *La estafeta de palacio. (Historia del reinado de Isabel II). Cartas trascendentales dirigidas a D. Amadeo*. Madrid, imprenta de R. Labajos, 1872, tomo I, p. 307 recoge como «llegó de pronto al regio alcázar la noticia de que D. Basilio se acercaba al Real Sitio, por lo que llena de pavor la corte, y dominada por la confusión, decidió fugarse prontamente del lugar que tan amenazado creía», lo que no llegó a suceder por la llegada de Istúriz, que supo restablecer la calma. Según parece Balmaseda, segundo jefe de la expedición, era partidario de haber aprovechado la ocasión para dar un golpe de fuerza y apoderarse de María Cristina, a lo que se opuso don Basilio, tal vez por la superioridad de las tropas que la custodiaban.

Maranchón (Guadalajara) a una columna de francos, parte de cuyos efectivos fueron incorporados a las huestes carlistas. Otros, sin embargo, prefirieron quedar prisioneros, y aquí salió a relucir la animadversión popular contra los francos, pues cuando varios trataron de fugarse los «paisanos de los pueblos, que los perseguían, los prendieron y presentaron a don Basilio, que los hizo pasar por las armas para escarmiento de los demás.»²⁷

El 26 de agosto, al frente de cuatro batallones y tres escuadrones, o sea, de más de duplicadas fuerzas que las que llevaba cuando efectuó su salida, Don Basilio repasaba el Ebro en una expedición, que dentro de su falta de pretensiones, fue de las más afortunadas emprendidas por las tropas de Don Carlos.

Expedición de Sanz

Aunque fue una expedición menor, y que fracasó en sus objetivos, no fue ni la mitad de desastrosa que podría haber sido si se hubieran mantenido las instrucciones oficiales, de 20 de agosto de 1836, según las cuáles Sanz debía marchar hacia el Maestrazgo como comandante general de Aragón y Valencia. Aunque en aquellos momentos podía parecer una buena idea regularizar la guerra en la zona, ello hubiera supuesto la anulación de Cabrera, que como sabemos sería el más destacado dirigente militar carlista junto a Zumalacárregui. La unión de Gómez con Cabrera pareció dejar cumplido el objetivo de apoyar a los carlistas del Maestrazgo (aunque como bien sabemos no fue así), y nada tiene pues de extraño que cuando la expedición estaba en marcha y ya próxima a pasar el Ebro Sanz fuese alcanzado por Villarreal, que le manifestó tener instrucciones del Pretendiente para que se dirigiera a Asturias, noticia que no fue para nada de su agrado: «Sanz le manifestó lo perjudicial e inoportuno de este cambio, puesto que si por una parte peligraba el Aragón, por otra él no podría hacer nada en Asturias, porque no llevaba municiones para más que dos o tres encuentros, el país estaba alarmado desde que por él paso Gómez, había guarnición en Oviedo, y la división portuguesa con otra, recorría aquellas cercanías. Sin embargo estas reflexiones, insistió Villarreal en que el *Rey lo mandaba*, y Sanz fue a Asturias.»²⁸

²⁷ PIRALA: *op. cit.*, tomo II, p. 309. El relato de este autor sobre la expedición de don Basilio cuenta con varias imprecisiones y contradicciones, por lo que es necesario compararlo con el de FERRER, Melchor: *Historia del tradicionalismo español*, tomo XII, pp. 126-135.

²⁸ SANZ, Florencio: *Breve historia militar y política de don Pablo Sanz y Baeza, general carlista*. Pamplona, Imprenta Erasan y Labastida, 1871, pp. 18-19.

Colocado al frente de tres batallones y dos escuadrones, Sanz emprendió su marcha el 25 de septiembre, y el 28 penetraba en Asturias. Desistiendo de ocupar Oviedo, con cuya guarnición mantuvo un breve tiroteo, la expedición se mantuvo cerca de un mes por la zona, haciendo un nuevo reconocimiento sobre la capital el día 19 de octubre. El 22 ocupaba Gijón y el 23 Avilés, pero poco después, tras amagar sobre León y regresar a Asturias, iniciaba su retorno a las provincias vascas, donde hizo su entrada a mediados de noviembre.²⁹

Expedición Real

El 20 de mayo de 1837, al frente de 10.780 infantes y 1.200 jinetes, Don Carlos salió del territorio controlado por los carlistas dando una alocución donde señalaba que su propósito era poner fin a la guerra. Dicha expedición era producto de las negociaciones habidas con la reina María Cristina después de la revolución de la Granja, y el acuerdo al que se pretendía llegar incluía que María Cristina abandonaría España reconociendo a su cuñado como rey, y casando el hijo mayor de éste con Isabel II, con lo que la cuestión dinástica quedaba arreglada.³⁰ Para ello era necesario que fuerzas carlistas se presentaran en las proximidades de Madrid, momento en que María Cristina y su hija se unirían a sus filas para poner fin a la contienda. No terminadas aún las negociaciones en el momento en que la expedición abandonó las Provincias, los movimientos militares pudieron en ocasiones deberse a causas políticas que casi nadie conocía, y podían ser absurdos para casi todos los que acompañaban a Don Carlos.

El 24 de mayo los carlistas entraron en Huesca, donde a las pocas horas fueron sorprendidos por una fuerte columna liberal mandada por el general Iribarren, virrey de Navarra, sobre la que obtuvieron una gran victoria. El 27 entraban en Barbastro, donde el 2 de junio fueron atacados por 14.000 soldados enemigos a las órdenes del general Oráa, consiguiendo una segunda

²⁹ FERRER: *op. cit.*, tomo XII, p. 141. Según Sanz: *op. cit.*, debió ser en torno al 14-15 de diciembre, pero creemos se equivoca de mes. Según el diario del mariscal Mazarrasa, publicado por SOJO Y LOMBA, Fermín: *El mariscal Mazarrasa*, Santander, Institución Cultural de Cantabria, 1973, p. 313, la expedición regresó el 11 de noviembre «menguada de 900 infantes y 80 caballos, según se dijo. Los expedicionarios hablaban muy mal de Asturias donde les habían negado toda clase de auxilios, huyendo de los nuestros los habitantes a consecuencia de haber sido fusilados por Espartero todos los comprometidos al paso de Gómez.»

³⁰ El desarrollo de las negociaciones puede verse en BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso: *Auge y ocaso de Don Carlos: la expedición Real*. Madrid, Arca de la Alianza Cultural, 1986, pp. 29-60.

victoria gracias a las acertadas disposiciones del general González Moreno, jefe de estado mayor de la expedición. De allí pasó a Cataluña, entablado batalla en Guissona con las fuerzas del barón de Meer, capitán general del Principado, que acudió a hacerles frente con todas las fuerzas que pudo reunir. En esta ocasión la victoria estuvo del lado de los isabelinos, y tal vez el propio Don Carlos hubiera caído prisionero si el barón de Meer no hubiera ordenado a Diego de León abandonar la persecución de los vencidos.

El 29 de junio los expedicionarios atravesaron el Ebro y se unieron a Cabrera. No fue sin embargo una unión especialmente provechosa, pues rechazados en un reconocimiento sobre Castellón, los carlistas fueron posteriormente derrotados por Oráa en la acción de Chiva y hubieron de refugiarse en las inmediaciones de Cantavieja, capital de los carlistas del Maestrazgo. Acosada por las tropas de Oráa y Espartero la expedición se hubiera visto en un grave aprieto si no hubiera sido porque este último hubo de replegarse para cubrir la capital de España, amenazada por Zaratiegui. Eludiendo las disposiciones del general Oráa, que había preparado un movimiento convergente de las fuerzas del ejército del Centro sobre la expedición, Buerens trató de batirla el 24 de agosto en Villar de los Navarros, pero sus tropas fueron completamente derrotadas por las de Moreno, perdiendo más de tres mil prisioneros (buena parte de los cuales se incorporaron a las filas legitimistas) y dejando el campo cubierto de cadáveres. Reanimose así la maltrecha moral de la expedición, y el 30 de agosto, tras dar cabida en diversos cuerpos a los nuevos voluntarios y conducir los restantes prisioneros a Cantavieja, los carlistas emprendieron la marcha hacia Madrid, a cuyas puertas llegaron el 12 de septiembre de 1837.

¿Pudo Don Carlos entrar en la capital de España? Desde el punto de vista militar la respuesta es fácil, pues nos la da el propio capitán general de Madrid, Antonio Quiroga, cuando al terminar su conversación con el menor de los Córdoba sobre los medios disponibles para la defensa, añadió con ademán sombrío: «Hoy entran los carlistas en Madrid».³¹ Pero como hemos visto no fueron motivos militares, sino políticos, los que habían dado origen a la expedición de Don Carlos. Cierto es que tomar Madrid por las armas no hubiera perjudicado el estado de las negociaciones, pero no era lógico hacerlo cuando todo se podía resolver pacíficamente. Así, Cabrera, que había derrotado a una pequeña columna que salió a hacerle frente, recibió órdenes terminantes de no pasar de Vallecas

³¹ La descripción del estado de la villa y corte puede verse en FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Fernando, marqués de Mendigorría: *Mis memorias íntimas*. Madrid, establecimiento tipográfico sucesores de Rivadeneyra, 1888, tomo II, pp. 199-206, que concluye afirmando tener sobrados motivos para suponer que «las causas de la retirada carlista fueron de naturaleza esencialmente política».



La reina María Cristina y su hija la reina Isabel pasando revista a las baterías de artillería que defendían Madrid en 1837.
Cuadro de Mariano Fortuny, Museo del Prado. Recuperado de: <https://www.museodelprado.es/coleccion/obra-de-arte/la-reina-maria-cristina-y-su-hija-la-reina-isabel/293ac041-a9da-48af-ab32-c007d8a1e930?searchid=2bb4c92b-ac61-5e21-1530-0c8251f4cc6c>

Al cabo de unas horas de espera los pocos dirigentes carlistas al tanto del proyecto de transacción debieron comprender que, por el motivo que fuese, la Gobernadora no se iba a presentar en sus filas. También entonces se habría podido ocupar la capital, pero los riesgos habían aumentado, pues Espartero se encontraba tan solo a una jornada, y en este espacio de tiempo se debería acabar con todos los focos interiores de resistencia, y tener las tropas dispuestas para un nuevo combate. Varios miembros de la expedición pensaban que al tener noticia de la pérdida de la capital se disolvería la columna de Espartero, pero esto era solo una posibilidad, y un general como Moreno no podía menos de obrar en virtud de hechos reales. Si quería conquistar Madrid lo primero que debía hacer era batir a Espartero (como luego hiciera Narváez con Seoane en una ocasión similar), pues luego entrar en la ciudad no revestiría el menor problema, y esta decisión inspiró los siguientes movimientos del ejército carlista.

Para cumplir su propósito de batir a Espartero antes de tomar Madrid, Moreno contaba con dos posibilidades: caer sobre sus tropas antes de que penetraran en la capital, como al parecer propuso el infante don Sebastián Gabriel, o situarse en un punto donde pudiera reforzar la expedición con nuevos voluntarios mientras esperaba la llegada de Zaratiegui, cuyas fuerzas estaban en Aranda de Duero el 12 de septiembre. Con este último propósito, la expedición se dirigió a Mondéjar, donde el disgusto por no haber atacado antes a Espartero se vio compensado por el aumento que experimentó el ejército: «Aquí es preciso haga público el buen espíritu de la Alcarria –cuenta uno de los expedicionarios–. Desde que entramos en ella no cesaba la presentación de mozos para tomar las armas, pero al llegar a Mondéjar esta presentación fue ya por pelotones bastante crecidos, llegando las partidas de cuarenta, sesenta y de cien hombres con tambor batiente o corneta, todos armados y vestidos de nacionales la mayor parte. Estas partidas venían mandadas por los ricachos de los pueblos, por los curas, o por oficiales retirados. En una palabra, este país se levantó en masa y en los tres días que estuvimos en Mondéjar la división castellana se aumentó en más de dos mil hombres. Jamás se vio nuestro ejército tan contento y entusiasmado.»³²

Sanz y Cabrera, que se habían separado con sus fuerzas del grueso de la expedición, sitiaban a los rezagados de Espartero que habían quedado en Guadalajara. La noche del 16 una compañía de granaderos de Tortosa sorprendió

³² Recogido por BULLÓN DE MENDOZA: *Auge y ocaso de Don Carlos*, pp. 155-156. Estos hechos son también citados por BURGOS, Javier de: *Anales del reinado de doña Isabel II*, Madrid, establecimiento tipográfico de Mellado, 1851, tomo V, p. 21: «Don Carlos, queriendo proteger el alzamiento de la Alcarria, se trasladaba de Arganda a Mondéjar, hacia desarmar milicianos y alistar quintos, y recibía de todo aquel territorio testimonios de simpatía, que, aunque tumultuosos y desordenados, podían hacerse funestos a la causa de la Reina, por poco que se tratase de darles coherencia y unidad.»

uno de los puestos de guardia enemigos, abriendo las puertas de la ciudad, cuyos habitantes fueron despertados a primera hora de la mañana por la música de las bandas militares colocadas en la plaza del ayuntamiento. La guarnición cristina, refugiada en la ciudadela, se salvó gracia a la llegada de una columna de socorro.

Reunidas estas fuerzas con las de Moreno, que desesperando de recibir a tiempo el socorro de Zaratiegui se decidió a intentar una sorpresa sobre las tropas de Espartero, la expedición emprendió el 18 de septiembre el camino de Alcalá de Henares, pero antes de llegar se supo por un par de desertores que sus movimientos eran ya conocidos, y que se habían tomado las oportunas disposiciones. No escapó a González Moreno el pésimo efecto de una retirada en estas circunstancias, y por ello propuso al pretendiente aceptar el combate en las alturas cercanas a Alcalá, pero su plan fue rechazado por los consejeros de Don Carlos. La situación se invirtió por completo cuando Espartero emprendió la persecución de los carlistas, cuya retaguardia, desorganizada por la caballería cristina, fue perseguida hasta las proximidades de Aranzueque, en cuyas alturas pudieron mantenerse los legitimistas sin mayores dificultades. No fue esta una acción donde los carlistas tuvieran excesivas pérdidas, pero la expedición quedó partida en numerosos grupos, separándose definitivamente Cabrera, que emprendió el regreso a Aragón, e introduciéndose el desánimo en las filas.³³

Desde este momento los carlistas se declararon en franca retirada, y mal hubiera podido acabar ésta si el 28 de septiembre, cuando se dirigía hacia el Aranda de Duero, no hubiera hecho acto de presencia una nueva expedición carlista, la del general Zaratiegui, que pudo anticiparse a tomar aquel puente antes de que lo hiciese el general Lorenzo, enviado por Espartero para impedir su paso. Lo ocurrido a partir del momento en que se unen ambas expediciones lo tocaremos en el punto siguiente.

Expedición de Zaratiegui

Obscurecida por la espectacularidad de la expedición de Gómez, y por la significación de la encabezada por Don Carlos, la expedición de Zaratiegui fue sin duda la más afortunada de cuantas emprendieron los carlistas. Con el fin de atraer sobre sí cuantas fuerzas isabelinas fuese posible y dejar

³³ Al hablar de esta dispersión, Sacanell recoge como muchos de los mozos presentados en la Alcarria quedaron prisioneros, «algunos pagaron con la vida su adhesión a Carlos V, y la mayor parte, con semejante ensayo, desmayaron y se volvieron a sus casas.» Según el mismo autor el ejército carlista, que antes de la batalla contaba con 12.000 hombres y 1.500 caballos, se encontraba reducido, un par de días más tarde, a unos 4.000 hombres entre ambas armas.

lo más libre de enemigos posible a la expedición de Don Carlos, la columna de Zaratiegui se concentró en Zúñiga (Navarra) el 18 de julio de 1837. Su salida trató de ser obstaculizada por la división auxiliar portuguesa, a la que derrotó en Zambrana, formando una compañía con los soldados que se le pasaron, y que se añadió a los 4.500 infantes y 260 caballos que componían la expedición. El 4 de agosto entró al asalto en Segovia, gran parte de cuyos milicianos nacionales se negaron a participar en la defensa, llegándose a extremos como el de la 4ª compañía de fusileros que lo hizo en pleno y con su capitán a la cabeza. En total, de los más de 600 nacionales solo 350 se aprestaron para el combate, y al resto se le recogió las armas para evitar «que hicieran mal uso de ellas.»³⁴ Al día siguiente capituló el grueso de las fuerzas liberales, que se habían refugiado en el Alcázar, sede del Colegio General Militar, algunos de cuyos profesores se unieron a las filas carlistas. Como dato curioso merece la pena reseñar que en Segovia había una Casa de la Moneda y que los legitimistas recurrieron a su ex-grabador principal, Nicolás Bartolomé, muy afecto a su causa, para que hiciese troqueles para batir moneda a nombre de Don Carlos: «Se acuñaron así cerca de 10.000 reales de a 8 maravedís, en cobre, y algunas monedas de plata de a peseta; la única moneda carlista que se acuñó en el curso de la guerra.»³⁵



³⁴ CEBALLOS-ESCALERA Y GILA, Alfonso: «4 de Agosto de 1837, Zaratiegui en Segovia», en *Estudios segovianos*, 1990, XXXI, núm. 87, p. 17.

³⁵ *Ibidem*, p. 37. El cuño se hizo pedazos al llegar a la novena moneda, por lo que el resto se hicieron con el busto de Fernando VII con bigote. En la subasta electrónica número 68 de Cayón se adjudicó una de estas monedas por 5.800 euros. La leyenda era: CAROLUS V D G HISP REX 1837.



Fuente: Wikipedia

En su deseo de atraer sobre sí el mayor número de enemigos posible Zaratiegui avanzó hasta Las Rozas, donde sostuvo una escaramuza el 12 de agosto con las muy superiores tropas de la guarnición de Madrid, retirándose acto seguido hacia Segovia, de donde hubo de salir el día 15, habiendo formado un nuevo batallón de 700 plazas. Acto seguido se dedicó a organizar la guerra en Castilla, estableciendo un hospital en Santo Domingo de Silos y ocupando diversas poblaciones. Tras una acción indecisa contra Mendez de Vigo en Nebreda, Zaratiegui se movió libremente por Castilla, apoderándose de Salas de los Infantes, el Burgo de Osma y Lerma, y formando con los voluntarios presentados los batallones 1º, 2º y 3º de Burgos, además de completar el 6º de Castilla. El 10 de septiembre ocupó Aranda de Duero, y tras varios días de descanso que utilizó para organizar el continuo flujo de voluntarios, se dirigió hacia Valladolid, que el general Espinosa decidió abandonar sin combatir, dejando una guarnición en el fuerte de San Benito. La situación de la provincia era de plena insurrección, pues según su jefe político en Nava del Rey se quemó el retrato de Isabel II, en Tordesillas «se quedaron casi todos los nacionales, sabiendo que aquella [la expedición] se aproximaba, entregando uniformes y armamento, incorporándose en una gran parte a las filas enemigas, y pasado a ellas de consiguiente sus caballos y monturas.»³⁶ Y no era mejor la situación del resto de la provincia,³⁷ pues como recoge Pirala: «los pueblos se consideraban dueños de manifestar libremente su adhesión y no temían apresurarse a demostrarla.»³⁸

³⁶ NÚÑEZ DE ARENAS, José: *Contestación a lo dicho y escrito contra el jefe político de Valladolid*. Valladolid, Imprenta de Aparicio, 1837, p. 4.

³⁷ Cfr. *Manifiesto de la Milicia Nacional de todas armas de la ciudad de Valladolid*. Valladolid, Imprenta de Aparicio, 1837.

³⁸ PIRALA: *op. cit.*, tomo II, p. 714.



El general Zaratiegui, galería militar contemporánea

Tras llegar a un acuerdo de no agresión con los defensores del fuerte de San Benito (los carlistas no tenían la pólvora necesaria para hacer una mina, y los isabelinos eran muy inferiores en número), unos y otros quedaron en posesión pacífica de sus dominios. Con los mozos presentados se formó un batallón de Valladolid que se armó con parte de los tres mil fusiles entregados por los nacionales. Pequeños destacamentos fueron enviados a las provincias de León, Palencia, Zamora y Salamanca, y la brigada de Goiri había desalojado a Espinosa de Toro cuando el día 23 Zaratiegui recibió una comunicación, firmada por el ministro de la Guerra en Mondéjar, ordenándole situarse sobre Almazán para colaborar con la expedición Real. El 24 el barón de Carondelet, al frente de 7.000 hombres, se presentó ante la ciudad, y Zaratiegui presentó combata para dar tiempo a que se le uniesen las tropas de Goiri, tras lo cual emprendió la retirada sin ser molestado. Informado de la dirección tomada por la expedición Real el 28 llegó a Aranda a tiempo de evitar que el general Lorenzo cortase la retirada a Don Carlos.

Más de 10.000 hombres y 700 caballos constituían entonces la fuerza disponible de Zaratiegui, dato digno de destacar, pues demuestra que pese a las bajas tenidas en diversos combates, los efectivos de la expedición habían aumentado en cerca de 6.000 soldados. Por el contrario, la columna de don Carlos había perdido la mitad de sus efectivos, pues según Rahden contaba con 6.000 infantes y 500 caballos, e incluso estas cifras nos parecen altas. No obstante, parecía abrirse una nueva época de esperanza para los cerca de 17.000 carlistas situados en la línea del Duero, y que poco antes de la acción de Retuerta habían aumentado hasta 19.000.³⁹

Reanimado el espíritu de las tropas expedicionarias con el refuerzo recibido, pues las fuerzas de Zaratiegui se hallaban en el más brillante estado, don Carlos decidió tratar de mantenerse en Castilla. Consciente no solo de su inferioridad numérica, sino también de que buena parte de sus soldados carecían de la necesaria instrucción,⁴⁰ Moreno trató de sorprender a Lorenzo, acampado en Retuerta, sin dar tiempo a que Espartero acudiera

³⁹ Según el estado de fuerzas formado por Zaratiegui antes de la misma y que se conserva en ARGN, papeles Zaratiegui, leg. 11-32 y los datos facilitados en su *Miscelánea sumario de las expediciones que han salido de estas provincias*, reproducida en BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, Alfonso: «Las expediciones carlistas en un inédito del general Zaratiegui», en *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, núm. 33, 1997, pp. 3-22.

⁴⁰ De las tropas con que contaba Zaratiegui antes de esta batalla, la división de operaciones tenía 4.671 hombres disponibles, pero la de reserva tan solo tenía un batallón veterano, el 41 de Vizcaya, fuerte de 547 plazas. Igual ocurría con la mitad de su caballería, por lo que como mucho Moreno podía disponer de un total de 11.000 soldados y 900 caballos para enfrentarse con cerca de 20.000 de ambas armas reunidos por Espartero y Lorenzo.

en su socorro, pero el plan inicial se vino abajo cuando el batallón 2º de Aragón se abalanzó sobre el enemigo sin esperar a que el resto de las fuerzas hubieran ocupado las posiciones que les estaban marcadas, pues Lorenzo pudo hacer frente con facilidad a un ataque hecho por fuerzas tan inferiores, y aunque la llegada de los restantes cuerpos carlistas le obligo a replegarse, consiguió mantener el orden hasta ser reforzado por Espartero. Al día siguiente volvió Moreno a presentar batalla sobre las alturas de Retuerta, pero las tropas cristinas optaron por retirarse hacia Covarrubias. Pese a no haber experimentado ningún revés, el fracasado intento de batir a Espartero volvió a dejar de manifiesto el enfrentamiento, cada vez más fuerte, que había entre los jefes de las columnas expedicionarias, y la desertión tomo aún mayores proporciones, contagiándose a las tropas de Zaratiegui.⁴¹

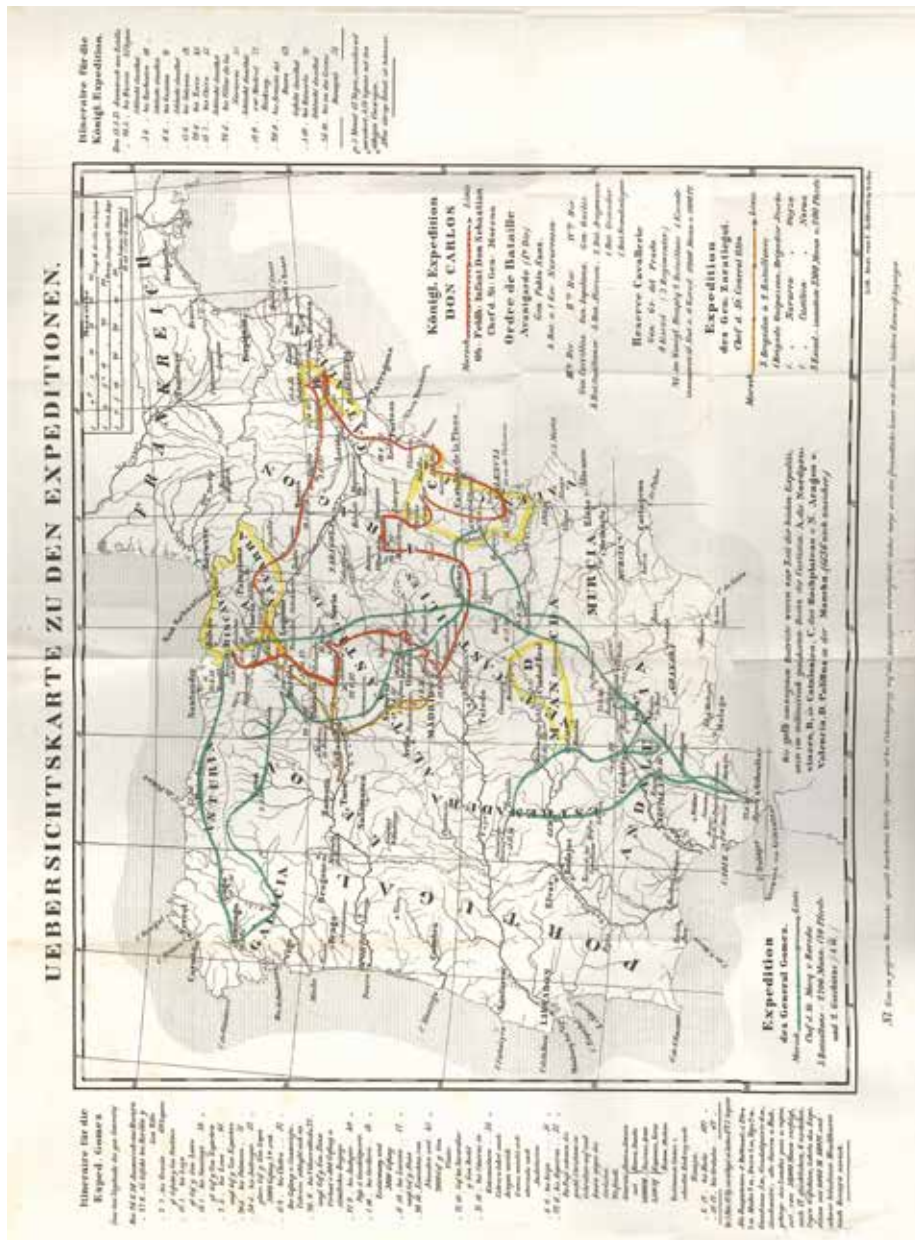
El 10 de octubre, y a pesar de los peligros que entrañaba esta medida, Don Carlos opto por dividir las tropas en dos cuerpos, uno a las órdenes del Infante y Zaratiegui, y otro conducido personalmente por él y por Moreno, tratando así de evitar las crecientes rivalidades. Mas pronto las fuerzas de Espartero se interpusieron entre las dos columnas, obligando a la de Don Sebastián a refugiarse en Navarra mientras que el Pretendiente, al frente de poco más de 5.000 hombres, lograba a duras penas penetrar en el territorio controlado por sus armas en la mañana del 26 de octubre de 1837.⁴²

Aunque ya hemos visto sus graves repercusiones políticas, hay que señalar que desde el punto de vista militar las expediciones de 1837 no supusieron un grave revés para las armas de Don Carlos, pues si consideramos el número de soldados que salieron de las provincias, y el de los que volvieron, veremos que las bajas experimentadas no pasaron de 2.500 hombres, saldo muy inferior a las causadas al enemigo y debido al gran número de voluntarios unidos a Zaratiegui.⁴³ Según la versión que normalmente suele ofrecerse de esta guerra, comenzaría ahora una progresiva decadencia de las armas

⁴¹ GOEBEN, August von: *Cuatro años en España. Los carlistas, su levantamiento, su lucha y su ocaso. Esbozos y recuerdos de la guerra civil*. Pamplona, Príncipe de Viana, 1966, pp. 154-155, cuenta como en las cercanías de Estella, donde se encontraba en aquellos días, se veían llegar diariamente grupos de soldados, siendo tal el estado de descomposición que llegó a presentarse entero un escuadrón navarro, sordo a las recriminaciones de sus jefes y a las duras medidas imperantes.

⁴² Estos últimos días fueron decisivos para explicar las medidas que se tomaron contra diversos generales a la vuelta de la expedición, pues la columna de don Sebastián y Zaratiegui entró en las provincias sin autorización de Don Carlos. Ciertamente es que no podía hacer otra cosa dada la situación de las fuerzas liberales, pero no lo es menos que el pretendiente y los que le seguían sintieron que habían sido abandonados cuando se encontraban prácticamente rodeados por el enemigo, *vid.* BULLÓN DE MENDOZA: *Auge y Ocaso de Don Carlos*, pp. 191-202.

⁴³ BULLÓN DE MENDOZA: *op. cit.*, p. 211.



Mapa de las expediciones carlistas del barón de Rahden, tomo de sus recuerdos de un viejo soldado dedicado a la guerra civil de España

carlistas cuya consecuencia lógica sería el convenio de Vergara, firmado por un ejército que se sentía derrotado pero, desde el punto de vista militar, es evidente que esta visión no es correcta, pues en diciembre de 1837 se había formado una división de Castilla, compuesta de doce batallones y cinco escuadrones cuyos componentes: «espléndidamente equipados, como jamás estuvieron los carlistas, saludaban al Rey con vivas entusiastas y recibían jubilosos la noticia de que saldrían otra vez a buscar al odiado enemigo y a intentar la liberación de las regiones patrias que aún gemían bajo su yugo.»⁴⁴

Segunda expedición de Don Basilio

Compuesta por cuatro batallones y dos escuadrones, la expedición efectuó su salida el 28 de diciembre con la misión de organizar la guerra en La Mancha y restantes regiones de la España central, para lo que debía contar con el apoyo de una división de Cabrera, a quien se habían dado instrucciones en este sentido.⁴⁵ El brigadier Marqués de Santa Olalla, que hasta poco antes del inicio de la contienda había sido gobernador militar de Ocaña, fue enviado como jefe del estado mayor divisionario, pues sin duda era persona de prestigio y conocimientos en la zona. No comenzó la marcha con buenos augurios, pues en la misma noche de su inicio varios voluntarios perecieron cuando trataban de vadear el Ebro, y otros doscientos, que no se atrevieron a hacerlo, quedaron en las provincias. García, con sus cerca de dos mil hombres, trató de dirigirse a Aragón para ponerse en contacto con Cabrera (uno de sus batallones era valenciano y dos aragoneses, así como uno de sus escuadrones), pero acosado por las tropas liberales se encaminó directamente a La Mancha. Sorprendido en Sotoca el 12 de enero de 1838, logró retirarse en buen orden y sin excesivas pérdidas, y el 20 de enero, ya en Ciudad Real, derrota a las tropas de su comandante general, el brigadier Minuisir, que trató de hacerle frente en Malagón. Un acuerdo con el enemigo sobre la aplicación del convenio Elliot, permitió establecer un depósito de prisioneros y un hospital, que parecían ser las primeras premisas para una nueva dimensión de la guerra.⁴⁶ El 26 de enero se unieron a sus fuerzas las tropas del coronel Tallada, a quien poco antes Cabrera había ordenado hacer una incursión por Murcia y Andalucía a fin de conseguir caballos y recursos. Dado que esta división no había partido

⁴⁴ GOEBEN: *Cuatro años en España*, pp. 173-174.

⁴⁵ GOEBEN: *Ibidem*, pág. 177. Con la expedición marchaban también cincuenta armeros destinados a las fábricas de Cabrera, que estaban escasas de personal cualificado.

⁴⁶ PIRALA. *Op. cit.*, tomo II, p. 957.

con órdenes de reunirse a don Basilio, y que sus tropas eran cerca del doble de las de este, Tallada no acato su autoridad sino con muchas reservas, de lo cual se derivaron numerosos inconvenientes.⁴⁷

Una breve incursión en Andalucía no resultó propicia a los expedicionarios, pues Tallada fue sorprendido cuando se hallaba acantonado en Baeza, y sus mal disciplinadas tropas debieron su salvación a la rápida aparición de don Basilio, cuyos batallones cubrieron la retirada. Varios días después, cuando Tallada decidió separarse de don Basilio, su columna fue sorprendida en Castril y completamente aniquilada.

Destinado a organizar la guerra en La Mancha, no parece que el general García llegara a congeniar con sus nuevos subordinados, a quienes probablemente no llevo a entender: «las tropas de Aragón (las de Tallada), cobardes e insubordinadas, huyen a la vista del enemigo, atropellan y roban cuanto encuentran. Las fuerzas de la Mancha son aún peores, sus jefes, oficiales y soldados, no son más que unos facinerosos... Prefiero la muerte a tener a mis órdenes semejantes forajidos que no conocen ni religión ni rey; son ladrones y nada más».⁴⁸ Más comprensivo resulta, paradójicamente, el juicio de Goeben:

Estas partidas fueron acusadas por unos y otros de procedimientos poco humanitarios e impropios de su denominación de carlistas, porque sacrificaban sin miramientos a los enemigos que caían en sus manos. Pero en ello hacían bien. ¿Cómo podían proceder de otra manera aquellos hombres que, porque eran los más débiles, habían sido excluidos por los adversarios de los beneficios de todo Tratado, que veían matar, arrasar, aniquilar todo cuanto les pertenecía y les era allegado? He referido antes con que crueldad intentaron aplastar los cristinos el levantamiento en estas provincias; después de hechos tan horrosos no podían esperar indulgencia jamás. No, cuando aquellos hombres de las partidas, que habían sido arrastrados a la desesperación, se vengaban de los liberales pasándolos a sangre y fuego, los trataban con toda justicia y cumplían su deber; pues en tal sazón la indulgencia y el perdón se hubieran convertido en despreciable debilidad, que habría llevado consigo inevitable ruina.

⁴⁷ GOEBEN. *Op. cit.*, p. 201. CALBO Y ROCHINA DE CASTRO, Dámaso: *Historia de Cabrera y de la guerra civil en Aragón, Valencia y Murcia*, Madrid, 1845, señala que Tallada fue enviado por Cabrera con la misión de auxiliar a don Basilio, en lo que es secundado por FERRER. *Op. cit.*, tomo XIV, p. 122. Sin embargo, no es esta la opinión de CÓRDOBA, Buenaventura de: *Vida militar y política de Cabrera*, tomo III, p. 110, ni de PIRALA: *Op. cit.*, tomo II, p. 958.

⁴⁸ Así se expresa en la carta que dirige a don Carlos con motivo de la derrota de Tallada en Baeza, y que es reproducida parcialmente por PIRALA. *Op. cit.*, tomo II, pág. 960, pero la guerra de guerrillas tiene sus propias reglas y sin duda don Basilio, cuya honradez y buenas intenciones son unánimemente reconocidas al hablar de esta expedición, se hubiera sentido extraordinariamente ofendido de haber sabido que en 1834, cuando él había practicado este tipo de guerra, Zumalacárregui se refería a él en términos parecidos.

*Pero se deshonraron a sí mismos al extender su furia vengativa fuera de los infames que la habían provocado. Los carlistas, esto es los hombres que luchaban honrosamente en los ejércitos regulares por el sostenimiento de los derechos de su Rey, no querían, naturalmente, conceder ese título a aquellas cuadrillas de La Mancha.*⁴⁹

Así pues, es fácil comprender que las relaciones de don Basilio con los cabecillas manchegos no iban a ser especialmente buenas. Las tropas de Orejita, que parecían ser las más dispuestas a colaborar, fueron pronto batidas y dispersadas, mientras que Jara y Palillos, enfrascados en antiguas rencillas, trataban de manejar al general según sus designios. Finalmente se impuso el primero, y Palillos, varias veces postergado, se separó completamente de la expedición. Las divergencias subieron de tono cuando García amenazó con hacerle fusilar, como efectuó con algunos de sus jinetes, y Palillos comenzó a hostilizarle.⁵⁰ No parece tampoco que la táctica utilizada por don Basilio fuera la más a propósito para darle el control de La Mancha, pues en vez de tratar de establecer una base de operaciones, bien en la parte de Cuenca, amparándose así en las líneas de Cabrera, bien en los Montes de Toledo, donde protegido por el fuerte de Guadalupe hubiera podido ir organizando sus fuerzas, optó por distraerlas en múltiples movimientos, con lo que si bien es cierto que se apoderó momentáneamente de poblaciones como Calzada de Calatrava, Puertollano y Almadén, no hizo sino llamar sobre sí la atención de numerosas columnas liberales.⁵¹ Finalmente, y ante la imposibilidad de cumplir su cometido, y con su columna reducida a poco más de mil hombres, optó por retirarse sobre Castilla la Vieja, donde esperaba unirse a la expedición encabezada por el conde de Negri. Mas tampoco este designio fue posible, pues a principios de mayo sus tropas fueron sorprendidas en Béjar por una columna liberal mandada por Pardiñas, consiguiendo escapar con tan solo 250 hombres, a cuyo frente consiguió llegar hasta el Maestrazgo.

Expedición del conde de Negri

Contra lo que más de una vez se ha afirmado, Negri era algo más que un simple gentilhombre de Don Carlos, pues con anterioridad a ocupar este puesto se había ejercitado en la carrera de las armas, combatiendo tanto en la guerra de la Independencia como en la campaña realista, y aunque según

⁴⁹ GOEBEN: *op. cit.*, p. 203.

⁵⁰ GOEBEN: *op. cit.*, p. 205; SOJO Y LOMBA: *El mariscal Mazarrasa*, p. 391.

⁵¹ PIRAL: *op. cit.*, tomo II, p. 964.

Mazarrasa no gozaba de un gran concepto militar, se distinguió pocos meses más tarde en la defensa de Morella.⁵² Esta nueva expedición, compuesta por ocho batallones y cuatro escuadrones, emprendió la marcha el 14 marzo de 1838, y el 21 batía en Pesaguero a las fuerzas que al mando del general Latre habían sido enviadas en su persecución. Dos días antes se le había separado el general Merino, que con alguna caballería debía marchar hacia la sierra de Burgos y los Pinares de Soria para establecer allí una base de operaciones a la retaguardia del ejército liberal.⁵³

El 31 de marzo Negri dejó al coronel Balmaseda junto con los heridos y enfermos en Quintanar, dándole para su protección una compañía de cazadores, y encargó al comandante Carrión, con su escuadrón de lanceros, operar en la provincia de Palencia. El 6 de abril, el grueso de la expedición efectuaba su entrada en Segovia, cuya guarnición se refugió en el Alcázar. Cuatro días más tarde, debido a las tropas que acudían en su contra, Negri se vio obligado a abandonar la ciudad y emprender una durísima retirada, en medio de la lluvia y la nieve, que terminó el 27 de abril, al ser sus tropas alcanzadas por Espartero en el desfiladero de la Brújula. La acción, si así puede llamarse, no pudo ser más desastrosa para las tropas carlistas, pues cuando incapaces de continuar la marcha formaron en orden de batalla y se prepararon a recibir con una descarga cerrada a la caballería cristiana «los fusiles se caen de las adormecidas manos; no sale ni un solo tiro, pues la pólvora se había inutilizado totalmente. En pocos minutos quedó consumado el incruento sacrificio. El conde de Negri escapó con ambos escuadrones y algunos oficiales montados, llegando a Aragón; los ocho batallones de fieles y abnegados castellanos cayeron indefensos en manos del insolente enemigo que apresó igualmente la impedimenta y los cañones.»⁵⁴

En opinión del general prusiano Goeben, que entonces servía como oficial en las filas carlistas y participó en la expedición de don Basilio, tres fueron los errores cometidos por el mando carlista al enviar estas tropas a operar en ambas Castillas: «envió expediciones en la estación que tenía que amontonar toda suerte de inconvenientes; las envió aisladas, sin darles por esto los necesarios efectivos para poder sostenerse con fuerza por sí mismas; y las puso al frente de jefes que eran poco apropiados para orillar tales desventajas»⁵⁵

⁵² SOJO Y LOMBA: *op. cit.*, p. 390.

⁵³ FERRER: *op. cit.*, tomo XIV, p. 93.

⁵⁴ GOEBEN: *op. cit.*, p. 209. Según PIRALA: *Historia de la Guerra Civil*, tomo II, p. 996, la expedición contaba entonces con unos 1.800 infantes y 100 caballos, y según el mismo autor, *Ibidem*, p. 999, «con los soldados prisioneros de Negri fundó el conde de Luchana el Segundo batallón de los guías que llevaban el nombre de su título, y los restantes ingresaron en los cuerpos del ejército».

⁵⁵ GOEBEN: *ibidem*, p. 208.

CONSIDERACIONES Y BALANCE

¿Era acertada la suposición de los jefes carlistas que defendían que su causa contaba con un gran número de partidarios en el interior de España y que la presencia de fuerzas expedicionarias carlistas podría extender la guerra a nuevos territorios?

Creemos que lo más apropiado es responder de forma separada a los dos interrogantes que plantea la anterior pregunta. De todas las expediciones carlistas, sin duda fue la de Gómez la que hizo un más amplio recorrido por la Península, y por tanto la que nos puede dar más información al respecto. Veamos pues cuál es la forma en que según el relato de uno de sus integrantes fue recibida en las ciudades más importantes de su tránsito: Oviedo, «todo el pueblo lleno de regocijo, comprometido y llorando de alegría, salió a recibirnos, llamándonos sus libertadores»; Santiago, «a esta ciudad llegamos el día 18 de julio en medio de las más vivas aclamaciones de la población, que se hallaba agolpada por donde entramos, dando muestras nada equívocas de los más sinceros sentimientos en favor de la justa causa del Rey N.S.»; León, «los habitantes de todas clases se esmeraban a porfía en demostrar el júbilo y alegría de que estaban poseídos, dando señales evidentes de la simpatía con que nos miraban»; Palencia, «en esta ciudad notamos el mismo entusiasmo y decisión por la justa causa del Rey N.S. que en las otras capitales, recibiéndonos el pueblo con las más sinceras muestra de adhesión»; Albacete, «entramos en esta población la tarde del 16 de septiembre en medio del regocijo público, y a pesar de que varias personas las más comprometidas la habían desamparado no echamos nada de menos, porque todas las casas se hallaban abiertas, y el pueblo dio muestras del contento que tenía por nuestra presencia»; Córdoba, «las puertas de la ciudad estaban cerradas y atrancadas por dentro, de modo que no se podían abrir por la parte de afuera, pero al instante que los vecinos vieron llegar a estos dos generales [Cabrera y Villalobos], quitaron los impedimentos que obstruían la entrada, y abriendo las puertas entraron aquellos en la ciudad... Casi todas las ciudades y pueblos de esta provincia o al menos los más principales se pronunciaron abiertamente por la causa del Rey... No es posible ver mayor entusiasmo y decisión por nosotros, que la que vimos en Córdoba, su provincia y casi toda Andalucía, y estoy persuadido que si hubiéramos podido fijarnos aquí, en menos de un mes se hubiera pronunciado por la justa causa la Andalucía entera, y hubiera desaparecido de ella en un abrir y cerrar de ojos la revolución; tal es el espíritu que observamos en ella»; Cáceres, «llegamos el día 31 de octubre a las tres de la tarde, en medio de los vivas y aclamaciones de toda la población que salió a recibirnos, mostrando

la satisfacción que tenían por vernos»; y Ronda, «entramos en esta ciudad el 16 de noviembre en medio de las aclamaciones de un pueblo entusiasmado por la justa causa del Rey N.S.»⁵⁶

Como es obvio el testimonio de un oficial carlista no puede ser aducido como prueba definitiva del espíritu de estas ciudades, por lo que es necesario confrontarlo con otras fuentes. El capitán Luis de Evans, que participó en la persecución de Gómez, da los siguientes datos sobre lo sucedido en las ciudades a las que iba llegando su columna: Oviedo, la entrada «se efectuó con todo el orden que reclama la más rígida disciplina, a pesar de creerse el pueblo en mal sentido, tanto por las fiestas espontáneas que hizo a la entrada de Gómez, como por la creación de un batallón compuesto de voluntarios, que tomó el nombre de Oviedo, primero de Asturias»; Santiago «los enemigos entraron en Compostela anteceditos de un pueblo numeroso que les vitoreaba, llegando hasta el exceso de abrazar las piernas de los lanceros de la vanguardia, haciendo con ellos las demostraciones más evidentes de los sentimientos que les animaban», lo que contrasta con la entrada de las fuerzas liberales: «la ciudad parecía inhabitable, escasas eran las personas que se veían asomar a los balcones y ventanas; y no hubo ni un solo grito de aquellos que inflaman el corazón del guerrero, y le indican que está entre su pueblo»; León, «el pueblo leonés admitió en sus hogares a la división enemiga después de haber salido en turba y con algazara a vitorearla, y la aumentó con un batallón de la ciudad, creado en el momento, y a quien se le dio el nombre de 1 de León»; Palencia «abre sus puertas a los expedicionarios. Muchos nacionales, indignos de haberse confundido en un tiempo en las filas del honor, reciben al jefe enemigo entre las demostraciones más vivas de entusiasmo, y le ofrecen como garantía de su adhesión las mismas armas que la patria confió en sus manos para defenderla de la usurpación y la anarquía».⁵⁷

Evans termina aquí su relato en lo que a la expedición de Gómez se refiere, pero podemos añadir que también está contrastado por numerosas fuentes el entusiasmo con que los carlistas fueron recibidos en Córdoba.⁵⁸

En una carta enviada al *Faro de Bayona* el 30 de enero de 1837 el propio Gómez hizo presente que no cabía poner en duda «el espíritu monárquico

⁵⁶ DELGADO, José María: *Relato oficial de la meritísima expedición carlista dirigida por el general andaluz Don Miguel Gómez*. San Sebastián, Gráfico-Editora, 1943, pp.21, 26, 31, 39, 49, 53, 55, 65 y 69.

⁵⁷ EVANS, Luis de: *Memorias de la guerra de Navarra y las provincias, hasta la expedición del ex-infante D. Carlos a Aragón*, Barcelona, Imprenta de Don Antonio Bergnes, 1837, pp. 46, 50, 53 y 58.

⁵⁸ Cfr. BULLÓN DE MENDOZA: *La expedición del general Gómez*, pp. 117 y ss.

que reina en España» si se consideraba que había logrado moverse durante seis meses por el interior de la Península pese a verse perseguido por fuerzas mucho más numerosas:

No, no es a mi habilidad, ni tampoco a la inacción ni a la ignorancia de los generales enemigos, a quienes debe atribuirse la felicidad de mis marchas, sino principalmente a aquella benevolencia oficiosa, que adivina las necesidades de un amigo, y vuela para socorrerle, mientras que al enemigo todo se le rehusa, excepto aquello que exige por medio del rigor o de que se apodera por la fuerza. Muchos pueblos tuvieron la osadía de proclamar a Carlos V, con solo el aviso de que estábamos a pocas leguas de distancia; otros, entusiasmados con la dicha de verse libres un momento, no comprimieron sus vivos deseos, sino a súplicas mías, porque yo sabía muy bien qué al cabo de algunas horas, el enemigo hubiera correspondido a ellas con el incendio y la muerte. Todos, sin excepción, se desesperaban de la falta de armas y del tiempo necesario para organizar una leva en masa en favor de nuestra causa. Es esto tan cierto, que hasta los diarios de Madrid da un testimonio auténtico de ello, en la correspondencia de uno de los oficiales de Espartero, el cual escribía desde Lugo en el mes de julio, diciendo: Si no se hubiera perseguido a Gómez con tanta actividad, tendría a estas horas sesenta mil hombres.

Cuando se dice que, en punto a realismo, toda la España es Vizcaya y Navarra, aún no se aprecian bien las disposiciones del reino. En Navarra y en Vizcaya, la opinión realista está a lo menos templada con la gloria militar, y descansa y respira, por decirlo así, en la venganza; pero en el resto de España, la exaltación de los ánimos se duplica por la violencia misma de la opresión, que ahoga hasta el derecho de quejarse.

[...] La guerra de España es la de una nación contra un ejército, y si aquella pudiese sucumbir en la lucha, sería necesario que, a la máxima de que Un pueblo no necesita para ser libre más que quererlo, sustituyésemos esta otra: El tirano más odioso, con tal que una vez invada el poder, puede mantenerse en él contra todos los esfuerzos del pueblo tiranizado.⁵⁹

En base a lo visto, creemos que puede admitirse que es cierto que los carlistas gozaban de amplias simpatías fuera de las zonas de España controladas por sus ejércitos regulares, o incluso de aquellas en que eran más fuertes sus guerrillas, pero sin embargo ninguna expedición consiguió regularizar la guerra en nuevos territorios debido a la activa persecución de que fueron siempre objeto por numerosas fuerzas isabelinas. Posiblemente

⁵⁹ Recogido por MIÑANO, Sebastián: *Examen crítico de las revoluciones de España de 1820 a 1823 y de 1836*. París, en la librería de Delaunay, 1837, tomo II, pp. 293-4.

quien estuvo más cerca de lograrlo fue Zaratiegui en Castilla, donde llegó a controlar por un breve periodo de tiempo un territorio casi tan amplio como el que ocupaban los carlistas en el Norte, y prácticamente triplicó los efectivos que había sacado de Navarra. Su unión con la expedición Real resultó desastrosa para la columna de Zaratiegui, pero aún sin ella no es fácil que hubiera logrado conservar sus posiciones en el momento en que obligado Don Carlos a refugiarse en las Provincias hubiesen quedado libres las tropas que lo perseguían.

Parece pues, en suma, que al final hubiera sido más acertado para los carlistas seguir la opinión de quienes pensaban que era mejor renunciar a estas arriesgadas iniciativas, susceptibles de acabar tan desastrosamente como hicieron las expediciones enviadas en 1838, y tratar de hacer una expansión en mancha de aceite desde los territorios ocupados, por lenta que esta pudiera ser. La empresa sin duda tampoco sería fácil, pero no debe olvidarse que hasta que Espartero comenzó su ofensiva final los carlistas habían logrado incrementar notablemente su presencia en la provincia de Santander.

No es fácil determinar con exactitud cuántos fueron quienes tomaron parte en las diversas expediciones carlistas. Limitándose tan solo a contabilizar las tropas que en algún momento abandonaron las provincias estaríamos hablando de unos 35.000 hombres. Es cierto que hubo unidades que participaron en varias expediciones, pero aun así no creemos que la cifra disminuyera en exceso, pues la rotación de los soldados debió ser muy alta, especialmente en el caso de los batallones castellanos.

¿Cuáles fueron sus bajas? Aunque la pregunta no es nada fácil de responder hay que decir que los datos que tenemos sobre algunas de ellas son sin duda los más completos que hoy por hoy conocemos sobre las pérdidas experimentadas por los carlistas durante la contienda. Tal es el caso de la expedición de Gómez, teóricamente compuesta por 2.700 infantes, de los que 114 no llegaron a abandonar las Provincias, con lo que quedó reducida a 2.586. A lo largo de la marcha se le incorporaron otros 3.511, de los que 1.643 fueron prisioneros que solicitaron las armas, 1.112 voluntarios y 756 reclutas. En total, 6.211 hombres, sin contar las fuerzas de Cabrera, que constituían una división aparte.

Sobre este conjunto, siendo imposible diferenciar a que categoría pertenecían, hubo un total de 879 muertos y heridos, 1.059 prisioneros, 301 enfermos que hubieron de ser abandonados en los diferentes pueblos del tránsito (85 en Cantavieja), 280 hombres del batallón de Asturias que se quedaron en su provincia para hacer allí la guerra, y 1.739 desertores y rezagados, categorías estas dos últimas que ciertamente son muy diferentes entre sí, pues las largas marchas de la columna expedicionaria hacía que los que

no podían seguir su paso fueran muy numerosos, sobre todo en sus últimos días.⁶⁰ Es curioso sin embargo como varía la proporción según la categoría de integrantes de la expedición a la que pertenecían estos rezagados. Los 114 que quedaron en sus casas antes de comenzar la expedición propiamente dicha representaban un 4,22% de sus efectivos, los 264 voluntarios un 23,74% de los presentados, los 484 reclutados un 64,15% de los mismos, y los 876 prisioneros que habían pedido las armas un 53,31% de quienes lo habían hecho. No habiendo motivos para suponer que los rezagados tuvieran que ser más numerosos en una que en otra categoría las cifras son bastante significativas de la fidelidad a la causa de cada una de las categorías de adheridos. A Vascongadas regresaron 1.739 hombres de los 2.586 que habían salido, y a la vista de la bajas e incorporaciones experimentadas no parece lógico suponer que más de novecientos formasen parte del contingente inicial. Dicho de otra forma, dos terceras partes de sus efectivos habían quedado por el camino, siendo reemplazados generalmente por soldados de menor calidad que los que integraban los originarios batallones castellanos. Y la expedición de Gómez, no lo olvidemos, no fue ni con mucho las más castigada.⁶¹

Por su parte los expedicionarios pensaban que habían causado a sus oponentes 579 muertos y 2.355 heridos, cifra que suponemos muy abultada. Dando por buenas las proporcionadas para los lugares donde quedaron dueños del campo de batalla, y dando por buenas las cifras de los partes isabelinos para las batallas por ellos ganadas, estaríamos hablando de 430 muertos y 1.436 heridos, número que muy posiblemente siga siendo excesivo. Más fiabilidad merece el cuadro de prisioneros efectuados al enemigo, que ascendió a 7.996. De ellos sabemos que 1.643 se incorporaron a las filas carlistas, pero la mayor parte del resto quedó en libertad, pues o fueron depositados en Cantavieja, tomada poco después por el general San Miguel,

⁶⁰ GONZALEZ ARRANZ, Gregorio: *Memorias del Alcalde de Roa*, p. 215 cuenta como el bagajero que le acompañaba cuando en los últimos días de su transcurso se unió a la expedición de Gómez, «subió a uno de los montes y regresó horrorizado, por haber visto a una columna de cristinos persiguiendo a los carlistas rezagados, asesinando sin piedad a cuantos alcanzaban», lo que es confirmado por uno de sus perseguidores EVANS: *Memorias de la guerra de Navarra y las Provincias*, p. 38 «desde Alcaudete hasta Medina Pomar el camino fue un vasto reguero de sangre cual era indispensable verter para anonadar el prestigio enemigo. (Hasta tal extremo deben embotarse los sentimientos de humanidad)».

⁶¹ Cfr. BULLÓN DE MENDOZA, *La expedición del general Gómez*, pp. 402-404. La expedición volvió, sin embargo, con un aumento de 270 caballos, que es también posible fuese acompañado por el de los correspondientes jinetes. De los 2.500 infantes y 590 caballos que se habían unido a la expedición al mando de Cabrera 200 de los primeros y 490 de los segundos emprendieron la marcha hacia el Maestrazgo. 1.200 infantes y 340 caballos entraron en Vascongadas junto a las tropas de Gómez, por lo que el balance global fue una pérdida de 1.100 infantes (un 44% de los efectivos) y un aumento de 240 caballos (*ibidem*, p. 218).

o fueron liberados por los propios carlistas tras haber prometido no volver a tomar las armas en su contra, ya que no eran sino una impedimenta a la hora de seguir las marchas.

También conocemos detalladamente los datos de la expedición de Zaratiegui, que cuando salió del Norte constaba de 4.500 infantes y 260 caballos, y que antes de la batalla de Retuerta disponía de 12.839 hombres de todas armas y 759 caballos, todos los cuales pasaron al Norte salvo tres batallones que pasaron a Aragón. Sus pérdidas fueron de 43 muertos, 319 heridos y 100 dispersos.⁶² En cuanto a la expedición Real, Zaratiegui calcula que regresaron 3.000 infantes y 200 caballos, cifra que puede ser un poco baja, sobre todo en lo que se refiere a la caballería, y que en cualquier caso habría de aumentarse con unos 1.000 hombres más que habían regresado ya a las Provincias y otros 500 que habían quedado en Cataluña. En cualquier caso es evidente que se había dejado por el camino un 60% de sus efectivos, y que no todos los que regresaron formaban parte del contingente inicial.

En resumidas cuentas, pese a que los miles de voluntarios que incrementaron sus filas son una inmejorable prueba del apoyo con que contaban los carlistas en el interior de la Península, las expediciones no solo no consiguieron establecer la guerra en ningún lugar en que ya no lo estuviera, sino que además se dejaron por el camino entre 15.000 y 20.000 hombres de sus integrantes iniciales sin obtener ninguna ventaja positiva que las justificara aunque, como es evidente, si Don Carlos hubiera entrado en Madrid todo podría haber sido distinto (o no).

⁶² BULLÓN DE MENDOZA, *Auge y ocaso de Don Carlos*, pp. 286-287 y BULLÓN DE MENDOZA: «Las expediciones carlistas en un inédito del general Zaratiegui», p. 16.

BIBLIOGRAFÍA

- BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, Alfonso: *La expedición del General Gómez*. Editora Nacional. Madrid, 1984.
- : *Auge y ocaso de Don Carlos: la expedición Real*. Arca de la Alianza Cultural. Madrid, 1986.
- : *La Primera Guerra Carlista*. Actas. Madrid, 1992.
- : «Aspectos militares de la Guerra Civil Portuguesa», en *Estados e Sociedades Ibéricas-Realizações e Conflitos (Sécs. XVIII-XX)*. Cámara Municipal de Cascais, 1997, vol. 3, pp. 89-118.
- : «Las expediciones carlistas en un inédito del general Zaratiegui», en *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, núm 33, 1997, pp. 3-22.
- CEBALLOS-ESCALERA Y GILA, Alfonso: «4 de Agosto de 1837, Zaratiegui en Segovia», en *Estudios segovianos*, 1990, XXXI, núm. 87, pp. 3-78.
- DELGADO, José María: *Relato oficial de la meritísima expedición carlista dirigida por el General andaluz, Don Miguel Gómez*. Gráfico-editora. San Sebastián, 1943.
- EVANS, Luis de: *Memorias de la guerra de Navarra y las provincias, hasta la expedición del ex-infante D. Carlos a Aragón*. Imprenta de Don Antonio Bergnes. Barcelona, 1837.
- FERNÁNDEZ DOMINGO, Jesús Ignacio: *Esos días de agosto: la toma de Segovia por las tropas carlistas*. Publicaciones de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense. Madrid, 2018.
- FERRER, Melchor: *Historia del tradicionalismo español*. Trajano-Catolico Española, vols. IX-XIV. Sevilla, 1947 y ss.
- GOEBEN, August von: *Cuatro años en España. Los carlistas, su levantamiento, su lucha y su ocaso. Esbozos y recuerdos de la guerra civil*. Príncipe de Viana. Pamplona, 1966.
- PIRALA, Antonio: *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista corregida y aumentada con la historia de la Regencia de Espartero*. Madrid, Felipe González Rojas, 1889-1891.
- SOJO Y LOMBA, Fermín: *El Mariscal Mazarrasa*. Institución Cultural de Cantabria. Santander, 1973.